
LA LITERATURA Y EL CINE

UN DEBATE IMAGINARIO

Pantomima e imágenes —los símbolos han marcado cada paso adelante en la evolución de la humanidad.

EL MENSAJE DE LAS PELICULAS

Jack London

Las vagas cosas que se deslizaban fugazmente a través de la conciencia del hombre prehistórico lo hicieron buscar a tientas un medio de expresión, naciendo así, el lenguaje gutural. Es posible que en esos días, el vocabulario contara con treinta o cuarenta palabras relacionadas con las cosas concretas.

Después vino un periodo, sin registro alguno, en el que ciertos cambios moleculares ocurrieron en las células cerebrales. Un ancestro farfullante se asomaba cautelosamente entre las ramas y las hojas crujientes de su arbórea guarida. En comparación con los otros de su clase su frente era menos oblicua y su nariz más prominente. Se maravillaba inmensamente cuando las células alteradas transformaban una nebulosa de vacilante luz en una idea abstracta —eran los comienzos del pensamiento y quería relatar el extraño evento, pero no había sonidos para transmitir su significado. Entonces, inventó un nuevo sonido, y los otros lo miraron con asombro y parlotearon con perplejidad; así que él recurrió a la pantomima para explicar el sonido.

Cuando sus descendientes habían abandonado los árboles, y los cambiaron por las rocosas cuevas en los riscos, la urgencia de expresar sus pensamientos, derivó en un nuevo descubrimiento. Con una afilada piedra, fue posible tallar la callada semejanza de las cosas sobre las lisas paredes de la cueva; así produjo imágenes y dio origen a sonidos para representarlos en el vocabulario.

El lenguaje creció y el pensamiento se expandió, a través de la expresión, conjuntamente con la capacidad para ponerlos a discusión. Estos humanoides aprendieron a unirse para la defensa común contra los monstruos primitivos.

El lenguaje tendió un puente sobre el abismo a lo largo de cientos de siglos y permitió a la raza humana atravesar de las indómitas selvas aborígenes hasta el día de hoy con sus periódicos y luces eléctricas. Sin las imágenes y la pantomima no hubiera existido puente alguno. Estos fueron los auxiliares que lo construyeron.

El aguijoneo del instinto gregario había impelido a los hombres a vivir juntos. El

lenguaje había dado expresión a los presagios del pensamiento que los urgieron a compensar la debilidad individual a través de la cooperación. El día del derecho impuesto por la fuerza física empezó a declinar. Pero la codicia humana es insaciable. Cuando un monstruo del egoísmo es derrocado, nace otro para amenazar el avance de la raza humana. Es un capricho de la herencia, un atavismo, si se quiere.

La pantomima y las imágenes crearon palabras; las palabras prepararon el terreno del lenguaje, y el lenguaje el de la educación. En el egoísmo del conocimiento superior, la educación descartó a los de abajo, a los trabajadores que habían contribuido a la creación. Un nuevo abismo se abrió profundamente a lo largo de la senda del progreso.

La dinastía del derecho impuesto por la fuerza del intelecto fue el vástago engendrado por la educación, y el lenguaje fue su primer ministro. Uno debe conocer bien al primer ministro para tener acceso al círculo íntimo de la corte; la minoría privilegiada y egoísta procuró que el círculo fuera reducido. Los demás avanzaron cojeando, malhumorados y abatidos. Habían perdido el miedo a los peligros del bosque y de los ricos —se apartaron de los monstruos depredadores de su propia clase, aquellos fríos y calculadores brutos que castigaban con la cruel esclavitud, más que con la muerte.

¡Así ocurrió a lo largo de los siglos de medievalismo! La gente buscaba a tientas caminos para expresar pensamientos indistintos y amorfos contra la opresión que crecía en sus conciencias. En alguna mente más desarrollada, aquí y allá, una nebulosa imagen mental se solidificaba, e iba adelante, explicando el mensaje. Muchos no eran capaces de entender los nuevos sonidos; pero otros comprendían el significado y extendían el conocimiento. Los hombres se unieron y los nuevos sonidos se convirtieron en el eslogan de la revolución. La educación estuvo al alcance de todos.

La naturaleza de las personas es ser inconsecuente. Una vez lograda la victoria, algunos han sido lentos en tomar ventaja, otros carecen de la oportunidad. El vocabulario del hombre promedio de nuestros días comprende alrededor de doscientas palabras. Vagos e inquietos pensamientos de injusticia, sin poder para expresarse se agolparon en las células cerebrales, mientras la minoría depredadora recogía los frutos de la esclavitud industrial.

De nuevo, el ciclo de la evolución aparece a partir de la pantomima y la imagen — la imagen cinematográfica—. El cine derriba las barreras de la pobreza y el medio ambiente que obstruían el camino de la educación, y distribuye el conocimiento en un lenguaje que todos pueden comprender. El obrero con su escaso vocabulario se iguala con el letrado. La dinastía sustentada en el poder de la inteligencia había sostenido su fe, a manera de afiche, con los alfileres de la palabra hablada. La palabra, ahora está en decadencia.

Educación universal, he ahí el mensaje

Deja que los dubitativos como Tomás nos recuerden que la evolución trabaja lentamente. Compárense las películas de hoy con el endeble producto de la corta década anterior. El tiempo y la distancia han sido aniquilados por la película mágica que ha acercado a la gente del mundo. Viajamos —y, salvo por su medio ambiente, el hombre moreno del Ganges tiene mucho en común con nosotros mismos—. Las casas y aldeas de los hombres de raza amarilla aparecen como pequeños juguetes y la gente como si fuera niños. Vaga a través de las ciudades de nuestro propio país y siente

los primitivos lazos comunitarios atrayéndote hacia la gente que ves en la película. Mira con fijeza y horror las escenas bélicas y te convertirás en un abogado de la paz. Ningún otro lenguaje podrá imprimir las cosas tan vivamente en tu conciencia.

Las mentes más grandes han transmitido su mensaje a través de los libros o las obras de teatro, y éstos, ya no son más, sólo para los ricos. Los peniques del hombre pobre esparcen, frente a él y su familia, lo mejor del drama en sus formas más finas. Renombrados actores y actrices caminan y aún hablan para ellos desde la pantalla.

Así, a través de este mágico medio los extremos de la sociedad se acercan el uno al otro un paso más en el inevitable reajuste de las maneras de ser del hombre.

Texto originalmente publicado
en la *Paramount Magazine*, núm. 2, febrero de 1915.

NOTAS ACERCA DE LA TECNICA CINEMATOGRAFICA

H.L. Mencken

Después de un hiato, habiendo realizado tardíos intentos de sentarme a lo largo de dos exhibiciones cinematográficas, sólo puedo reportarles que el llamado arte cinematográfico aún me alude. En ninguna de las dos ocasiones fui ahuyentado por el bajo contenido intelectual de las películas exhibidas. Por una sencilla razón, soy todo menos intelectual en mis gustos y, por otra parte, las películas que vi no eran notoriamente deficientes en ese aspecto. Las ideas que había en ellas eran, simplemente, las ideas comunes y corrientes de las nueve décimas partes inferiores de la humanidad. Eran huecas y obvias, pero no más que las ideas con las que se topa uno todos los días en el teatro, o en los tirajes ordinarios de las novelas populares, o, por esa razón, en los discursos del estadista americano promedio o del sacerdote. El Rotario, escuchando cosas peores, una vez a la semana, se las arregla, aún, para preservar su idealismo y comer carbohidratos.

Lo que afecta al cine, no es tanto un contenido ideológico de mal gusto, como una técnica idiota e irritante. Las primeras películas, tal como las recuerdo, treinta años atrás, presentaban escenas más o menos continuas. Eran representadas como si fueran piezas teatrales ordinarias de modo que uno podía seguir la trama, perezosa y calmadamente. Pero el cine moderno no constituye un todo orgánico; es, simplemente, un enloquecedor caos de fragmentos dispares.

Si las dos películas que intenté ver eran típicas, la escena promedio no puede correr por más de seis o siete segundos. Muchas son aún más cortas y muy pocas son apreciablemente, más largas. El resultado es una confusión horriblemente confusa. ¿Cómo puede alguien lograr desarrollar interés racional alguno en una fábula que cambia de escena y personajes diez veces por minuto? Peor aún, ese vertiginoso brincoteo es, sencillamente, innecesario: todo lo que muestra es la incompetencia profesional de brillosos lustradores de pantalones, actores en decadencia y tantos otros imbéciles a quienes la realización de las películas ha sido encomendada. Incapaces de